

## ARTISTA DE NUESTRA AMÉRICA ZÁRRAGA: PREFERIDO DEL ENSUEÑO

*Rubén Darío*

París, noviembre de 1911

Entre las abominaciones de idiocia bufa, salidas de trogloditas ebrios, o bien mixtificaciones del detestable humor de malignos pintamonos, en que el desde luego desacreditado Salón de Otoño ha sido este año tan pródigo, hay un refugio para los ojos, un oasis para el espíritu, una tranquila confianza para el ánimo en la labor, dos cuadros tan sólo, expuesta por el pintor mexicano Ángel Zárraga. Es la sensación de un vaso de agua fresca, o de un vino amable, después de haberse quemado el paladar con *capsicuns* y mostazas, rabiosos rakis, cañas y tafias. Y no me refiero únicamente al horror del viaje y a la obscenidad cubista. Lo mejor, sí, lo mejor de todo lo expuesto, en el gran Pallais, es lo que un hispanoamericano expone, son los dos cuadros de Ángel Zárraga. Y este es un motivo que aprovecho para hablaros de ese artista que, en otras partes celebrado, es en nuestro mundo del arte escasamente conocido.

Es joven, muy joven, y desde los comienzos de su adolescencia se consagró al arte con un amor todo hecho de fe y una voluntad toda hecha de esperanza. Nacido en familia afortunada, se vio pronto que más tendía al libro y al carboncillo que al auto y la raqueta; y conforme con las previsiones que señalara Gautier, la prudencia paternal temió quizá las consecuencias fatales que atrae la aureola invisible de los preferidos del ensueño. Con un ánimo leonardesca, Ángel Zárraga se entregó a la belleza del mundo; y demostró, una vez venido a tierra de Europa y entrado a su pasión ideal, vigor sereno para apartar las tentaciones de la bohemia de largos cabellos, y una persistencia en estudio y

labor que le viene de la sangre vasca que a Durango llevaron sus ascendientes.

Desde el principio de sus tentativas, hoy conquistas excelentes, dividió las complacencias de su espíritu entre el arte de los ritmos verbales y de las ideas armoniosas, y el arte del color y de la línea. Y a este último, dio por fin sus principales esfuerzos, a modo de adquirir por la contemplación del alma profunda de los maestros en las pinacotecas, y por la valorización de las técnicas una seguridad de rumbo y una provisión de ciencia que asombran a sus años.

De su patria nativa fue a España a impregnarse de la tradición de los abuelos; y así entre Velázquez y Goya, Zurbarán y El Greco, hizo acopio de fuerzas para ir a ponerse en íntima comunión con los grandes seductores italianos del Cincuecento con los flamencos y holandeses en el Louvre. Dondequiera que fue llamó la atención de los inteligentes y de los veedores de porvenir, que hicieron las más gratas profecías. Así complace recordar las palabras de un Alberto Lumbroso, que escribiera a propósito de un envío de Zárraga a una exposición veneciana... “mi aseguro chè non perda la fede nella sua visione pittorica, che me sembra ammirabile, l’entusiasmo per un’arte non volgare e non facile, e soprattutto quella grazia alquanto arcaica che aggiunge un gran fascino ai suoi quadri, del quali ho udito a Venezia “un uomo” como Ettore Tito parlare ammirazione non meno sincera che rara, ed un intenditore como l’artista Carozzi affermare che sono “piú che una speranza: giá una certeza per l’Arte...”.

\*\*\*

Raro es no encontrar en un joven, en estos tiempos de arribismo a todo trance, tendencias a las fáciles campanadas y golpes de gongo, o bien estallidos de chinescos triquiraques, para hacer volver la cabeza al traseúnte, escandalizar el juicio y monopolizar la admiración de los zopencos; sobre todo, si ese joven ha frecuentado París, y visto los éxitos de gaceta y cenáculo que logran traídos y llevados gráficos saltimbanquis.

Cuando se tiene por norma “honradez, sencillez y profundidad”, nada se tiene que ver con la vanagloria, y menos con la codicia que habita el alma de pulpero, o de “chef-de-rayon”, si gustáis, de tanto traficante del color y del *chifon* aceitado. Muy otro es el mexicano que según Lumbroso “ha de místico, dell’ estta e dell’antiquario”, y que en cuerpo y alma entregado a la magia religiosa de sus visiones, junta en el artista y el artífice, el vuelo de la intuición y la conciencia del oficio. *Officium*, obligación y deber en el sentido ceroniano.

Como en todo, se buscan en Ángel Zárraga las afinidades y parentescos y quién le hace un seguidor de Zuloaga por encontrar una igualdad de temas en una igual afición segoviana o toledana, quién le convierte en un resucitado discípulo de los pintores del Renacimiento. Lo cierto es que se ha compenetrado del poder y del encanto haciendo “sur des pensées nouveaux des tableaux antiques”, sino de los maestros de antaño y ha expresado así su sentir moderno, no buscando traducción con la sapiencia serena de los creadores pretéritos, impresiones y preocupaciones de su tiempo a través de su propia e íntima personalidad.

Para ello no ha dejado de oír un solo instante la voz de los grandes directores y ha expresado las violencias e ímpetus que en los primeros años llevan casi siempre a los descabros y fracasos. Y al triunfar de sus propias fogosidades, sabía por el incomparable Vinci que “no puede haber ni menor ni más grande señorío que el señorío de sí mismo”. Ciertamente, que, como sucede en todas las artes, en temas y caminos, hay encuentros, las más de las veces relaciones de concepción, o por unánime sugestión, o simpatía. Mas luego, cuando hay verdadero vigor, se ve el triunfo de la independencia y el paso holgado de la libre individualidad. Maestros tiene Zárraga, pero ellos hace tiempo que habitan en palacios de gloria, al amparo de las venerables piedras de los museos. Se diría que el bizarro americano sale en pleno siglo veinte, de un taller de la vieja Florencia, o que ha oído las lecciones de Theothocopoulos, o del gran don Diego, tan lejos se halla de los caballetes de “Chez Maxim’s” y de las

inspiraciones de place-hotel que se disputan a golpes de cheque los potentados de Rastaville y los mecenas de Porcópolis.

Hay en Zárrega una gran virtud decorativa, y es un pintor que sin tender, gracias a sus dioses, a una pintura literaria, pone en todo lo que ejecuta una nota poemal eso es, llena a un tiempo de música y concepto. Un escritor italiano Giachetti, ha llamado a Zárrega “un artista psicólogo”.

“La psicología, antes de ser una ciencia, es un arte, un arte natural y privilegiado, porque se resume en un don que no se adquiere: la intuición. Intuir en pintura, significa, según mi débil parecer de profano, tomar la relación que hay entre las líneas exteriores y el carácter, entre el ambiente y la persona, entre el color y la entonación psíquica del individuo. De esta serie de relaciones nace espontáneamente la armonía del conjunto, y, algunas veces, la obra maestra”. Zárrega “está entre los pocos privilegiados que “siente” todo el inmenso valor de estas relaciones”. La singularidad intelectual de Zárrega le hizo pasar aprendiendo, desde luego, lo aprendible, por el taller de Sorolla, sin agravio ninguno a Psiquis, ni encadenamiento a la tiranía técnica del levantino. De tal manera puede leerse en una monografía de Rodolfo Panichi: “Il Rembrandt, il Morone, il Tintoreto, il Velázquez, il Goya, sono i veri maestri che lo Zárrega ha nell’anima e nell’occhio ed egli si pone el principio che coi mezzi meravigliosi dei veneti del decimosesto secolo e degli spagnuoli del decimosettimo si possa esprimere tutta la complessità e l’inquietudine della vita contemporanea”. Y ello vale por el mejor de los elogios. Tal sapiencia y conciencia ha sido alabada por los críticos serios, como los de *Le Temps* y de *Le Figaro*, con motivo de los dos cuadros del Salón de Otoño.

\*\*\*

Una realidad estupenda en una idealidad intensa he visto y admirado en las obras de este artista.

Tanto el color como el dibujo han sido objeto de sus predilecciones. No me referiré al *Poseído* de una exactitud

psiquiátrica tal que se diría estudio clínico. He allí la *Mala consejera*, transposición pictórica, arcaica en su modernidad, de la clásica *Celestina*. *La Alegría del Otoño*, de una que se llamaría realidad motológica, que hace pensar en el Ticiano, un desnudo noble y armonioso, un fondo evocador, un viejo faunescos y un conjunto decorativo que hace alabar la elegancia de factura. En *Martha y María*, siempre evocando la inspiración antigua, hay una oposición de intenciones y un simbolismo completamente de nuestros días; habla la voluptuosidad y pasa el pecado entre las vibraciones de la vida. En *El hombre solo*, hay una nota en que aparece la influencia española, como en las figuras de *Isabel*, *Pedro* y *Pastora*, llenas de cosas del alma de España. Por el *Zárraga* españolizante, se piensa en el Arcipreste de Hita y en los tipos de la novela picaresca.

Los dos cuadros que ha motivado este artículo, el uno creación místico-pagana e íntimamente “actual”, en que un San Sebastián muy distinto del dannunziano, llama la vista de los visitantes; y una composición alegórica, ambos cuadros ricos de entonaciones, reveladores de estudio y regocijo de los que aman el arte sincero y la vital poesía, son una consagración.

Batamos palmas.

[*La Nación*, Buenos Aires,  
domingo 28 de noviembre de 1911, p. 8.]

## ÁNGEL ZÁRRAGA: PINTOR MEXICANO PROTEGIDO POR RUBÉN DARÍO

*Carlos Tünnermann Bernheim*

ÁNGEL ZÁRRAGA es uno de los grandes de la pintura mexicana del siglo XX. A partir de la aparición del trabajo de Antonio Luna Arroyo *Rescate de Ángel Zárraga*, su obra ha sido revalorizada por la crítica contemporánea. Sus treinta y siete años de residencia en Europa, sumados a ciertos prejuicios ideológicos, posiblemente contribuyeron al relegamiento en que había caído su pintura.

Ángel Zárraga y Argüelles, pintor y poeta, nació en Durango (México) en 1886. Siendo un adolescente, ingresó en la Academia de San Carlos, de la ciudad de México, donde entabló una sólida amistad con Diego Rivera. A los 18 años de edad, viajó a Francia (1904) para continuar sus estudios de pintura. Pero este viaje tiene algo singular: es portador de una carta suscrita por el poeta Amado Nervo dirigida a su amigo Rubén Darío, por ese entonces Cónsul de Nicaragua en París, recomendándole al joven mexicano. María Gallardo nos narra este hecho, que vinculó para siempre al pintor mexicano con el poeta nicaragüense:

*A sus tempranos 18 años llega a Francia con un pasaporte amorosamente intelectual en la bolsa: una carta de Amado Nervo recomendando al joven artista con el gran poeta Rubén Darío, quien lo protege y admira, incluyéndolo en las actividades de las revistas que dirige, así como en los núcleos social, académico y diplomático, exaltando siempre su oficio como poeta y ensayista. A partir de ese momento y con semejante protector, los caminos se abrieron amplios para Ángel Zárraga”.*

Darío, para ese entonces jefe indiscutible del modernismo, puso al joven artista mexicano en contacto con sus amigos poetas, escritores y artistas residentes en Francia y en España, amistades que sin duda fueron provechosas para el prometedor pintor. Unos años después, cuando Rubén Darío asume en 1911 la dirección de la revista *Mundial*, la más prestigiosa revista hispanoamericana de artes de esa época, en el número 7 correspondiente al mes de noviembre de 1911, Darío publica el ensayo crítico de Ulrico Brendel sobre “El Salón de Otoño”, de París de ese mismo año. En la portada del ensayo (p. 38 de la revista) se reproduce una de las pinturas que Zárraga expuso en el Salón de Otoño: “Ex-voto” (más conocida como “San Sebastián”) y en la primera página del ensayo (p. 39 de la revista), aparece una fotografía de Ángel Zárraga.

El crítico Brendel formula un juicio muy laudatorio sobre los dos monumentales óleos que Zárraga expuso en el Salón, considerándolo como el mejor de los expositores hispanoamericanos:

*Ángel Zárraga es quien se lleva la palma entre los pintores hispanoamericanos con sus lienzos “El Don” y el “Ex-Voto”. Sobresale este artista por la pujanza con que emprende temas cuya concepción y ejecución demandan solidez de espíritu y cultura; yo le considero como a uno de los representantes más aventajados del renacimiento de la pintura española, para el que ha servido de indicador, y no más de indicador, el artificioso arte del pintor Zuloaga, cuya pintura reputo precisamente artificiosa, por lo mucho que desnaturaliza el carácter étnico de la raza, exagerándolo con esas morbideces de colorido, que tanto halagan a los extranjeros que sólo ven España a través de una imaginación libresca... Zárraga ha cimentado su superioridad en el estudio prolijo de los grandes maestros españoles e italianos. Se ha impuesto una disciplina severa y ha llegado con ella a expresar esa misteriosa armonía*

*de su "Ex-voto", cuyas líneas clásicas y apagado color hacen más sacrílega la interpretación del asunto. Ese San Sebastián es de un misticismo de manifestación grave, como grave es la hermosura de su dibujo, en el que la mano diestra de un artista exigente consigo mismo se revela. La expresión de dolor, en el rostro inclinado, como si fuera para morir, es de una modernidad refinada que presta mayor atractivo a lo tradicional de la figura, en su declinación pura. ¿Es puro también el sentimiento de devoción que hace orar a la doncella arrodillada delante del desnudo cuerpo del santo, en cuyo pecho ábrese la roja herida? No lo creemos. Nótase aquí una mescolanza de sensualismo y misticismo, cuyo sabor pecaminoso insinúa una intención secreta en el artista.*

Señalan sus biógrafos que recién llegado a París, Zárraga se sintió desconcertado por el impresionismo y las nuevas corrientes plásticas, al punto que sin dejar de reconocer los méritos de Renoir, Gauguin, Degas y Cézanne, prefiere refugiarse en el tesoro clásico del Museo del Louvre. Por la misma razón, abandona más tarde la Escuela de Bellas Artes de París para seguir sus estudios en la Real Academia de Bruselas y luego trasladarse a Madrid, Florencia y Venecia.

En 1906, el Secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes de México, don Justo Sierra, por cierto buen amigo y admirador de Rubén Darío cuyo libro *Peregrinaciones* prologó, le consigue una beca de 350 francos mensuales para sus estudios artísticos. El éxito que obtiene en el Salón de Otoño de 1911, con sus obras "Ex -Voto" y "El Don", le valen fama y reconocimiento. José Vasconcelos, nuevo Secretario de Instrucción Pública, le pide que regrese a México para que participe en la decoración de los muros de los edificios públicos, lo cual le hubiera hecho ingresar en el muralismo mexicano, donde Diego Rivera, Clemente Orozco y David Alfaro Siqueiros dominan y ganan fama mundial representando la lucha del pueblo mexicano desde



la conquista española hasta la revolución. Ellos acudieron desde Nueva York y París al llamado de Vasconcelos, en ese entonces empeñado en promover una “revolución cultural”. Pero en ese momento, Zárraga declina la invitación de Vasconcelos porque no ha terminado su trabajo de decoración mural del castillo de Vert-Coeur en Chevreuse, no muy lejos de Versalles.

Cuando más tarde Zárraga quiso regresar a México e integrarse a la corriente de la pintura muralista, cuyo dominio había demostrado en frescos y murales ejecutados en edificios e iglesias de Francia, su deseo no pudo cumplirse, pese a su insistencia ante amigos y funcionarios. Para entonces, el arte muralista mexicano se había radicalizado políticamente y no vio con buenos ojos la incorporación de un pintor que frecuentaba en París los círculos intelectuales considerados como reaccionarios.

*De 1922 a 1941, escribe Olivier Debroise, Ángel Zárraga se dedica a decorar al fresco numerosos edificios públicos, casas particulares y sobre todo iglesias de Francia. Aunque en intención y en esencia su obra sea opuesta a la de los muralistas mexicanos, existen algunas influencias y afinidades entre ellos. Ángel Zárraga se vuelve el caso particular de un muralista marginado que decide por su propia cuenta “representar” al muralismo lejos del contexto histórico que permitió su desarrollo... Pintor de calidad, reconocido y cotizado en los núcleos artísticos franceses por su clasicismo, se presenta en México como un caso muy particular de un artista que, por mantener una posición ideológica precisa, no pudo adecuarse a los requerimientos de la época.*

Entre sus obras más notables, se encuentran los 18 tableros que pintó en 1927 para decorar la sede de la Legación de México en París, por encargo del Ministro Alberto Pani. En ellos, Zárraga hizo una recuperación de los temas mexicanos a la par de temas deportivos. En esta colección sobresale el tablero “La dos tradiciones”, que intenta representar la fusión del cristianismo con el panteísmo indígena. Dos mujeres, una de rasgos mestizos envuelta en un rebozo y la otra de perfil

nítidamente europeo, muestran a una niña un libro en cuyas páginas se oponen una cruz y un códice prehispánico.

Algunos años después, los 18 tableros o paneles de Zárraga fueron desmontados de los salones de la legación y arrumbados en una bodega, donde sufrieron gran deterioro. Recuperados y enviados a México para su restauración, la Secretaría de Relaciones Exteriores de este país publicó, en el año 2004, un bello libro con reproducciones de varios de esos tableros y otras de las mejoras obras de Zárraga, entre ellas su famoso óleo “Ex-Voto” o “San Sebastián”.

En 1941, con la ayuda del gobierno mexicano, Zárraga vio realizado su sueño de regresar a su patria con su esposa y su hija. Su desarraigo de tantos años en Europa lo hace desconocer la importancia de la obra de los muralistas mexicanos. Cuando cinco años después fallece, a los sesenta años de edad, el poeta Salvador Novo escribe en el diario *Novedades*: *Le ungía un prestigio europeo, proporcionalmente mayor a su llegada, que el que adornó a Diego Rivera a la más temprana suya... pero en la fecha en que volvió a su patria, ya su patria había sucumbido a la aceptación de lo que se tiene, entre el vulgo, por la escuela de Rivera, y la pintura realista, académica, de Ángel Zárraga, resultaba extraña, discordante.*

Como escritor fue mejor ensayista que poeta. Sin embargo, su gran amigo Alfonso Reyes, quien consideraba la poesía y la pintura de Zárraga como un todo, dejó un testimonio elocuente de su admiración por este pintor y poeta duranguense, que adoptó como divisa de su vida “Ser antes que hacer”, en estas exaltadas palabras: *¡Quién pintara como él pinta! ¡Quién escribiera como él escribe! ¡O quién escribiera como él pinta y pintara como él escribe!*

[Managua, agosto de 2008]